

## EL PERIODISMO Y LA CRÍTICA LITERARIA<sup>1</sup>

En principio, parece extraño el que se proponga como tema de discusión las relaciones entre el periodismo y la crítica literaria. Esta se realiza sobre todo a través de publicaciones periódicas, al punto que la mayoría de los libros de crítica suelen provenir de la recopilación y ordenamiento de las publicaciones en diarios y revistas. Sin embargo, la crítica literaria es sólo una de las actividades ligadas al periodismo, una actividad especializada, destinada a una minoría tal vez poco significativa de lectores. Considerada en sus aspectos generales, la relación entre periodismo y crítica literaria apenas si diera motivo para una discusión. Convendría más bien, en esa línea, orientar la investigación y el análisis a las revistas especializadas, casi siempre ligadas al trabajo académico, y bosquejar un panorama de los lugares que ocupa la crítica en los medios de comunicación de masas, atendiendo a la condición marginal que ocupa en ellos, sobre todo en países en los cuales el público lector es reducido. Sin embargo, si se nos propone considerar la relación entre “el periodismo y la crítica literaria” es porque existe alguna preocupación en torno a algo que quizá no funciona de manera satisfactoria, o porque se tienen expectativas sobre posibilidades, no sabemos si realistas o ilusorias, acerca de la función de la crítica literaria, la función de la literatura y la función del periodismo. Sospechas, dudas y expectativas: sin ellas no nos propondríamos la consideración crítica de las relaciones entre estos ámbitos de la actividad intelectual.

No bien empezamos a sospechar, a dudar, a ejercer la crítica, aparece un complejo conjunto de aspectos que comienzan a tejer una problemática que seguramente nos conduciría demasiado lejos: el periodismo, una actividad eminentemente moderna, estuvo desde sus inicios ligado a los ideales de la Ilustración, y por lo tanto a la crítica. Ha sido considerado una actividad literaria que debía incorporar la crítica y el examen de los argumentos como condiciones de posibilidad de la verdad y la libertad. La crítica implica una toma de posiciones sobre el conocimiento, la política, la ética, el destino de las sociedades. Si la crítica es un examen que obliga a tomar posiciones y a declararlas, y si el periodismo nace de la crítica en tanto nace de los ideales de verdad y libertad de la Ilustración, el periodismo es entonces una forma de actividad que incorpora en sí la polémica, la confrontación de argumentos y el uso de dispositivos retóricos y de técnicas

---

<sup>1</sup> Texto leído en la mesa redonda que, sobre el tema “Literatura y periodismo”, organizaron los Departamentos de Comunicación y de Literatura de la PUCE. 10 de noviembre de 2001.

literarias en la lucha por convencer y persuadir. El periodismo pretende ser al menos la continuidad del espíritu crítico de la filosofía de la Ilustración. Y en la medida en que es actividad crítica, pretende que su “medio”, su “elemento”, sea la *actualidad*. Pero ¿en qué sentido podría decirse que el periodismo tiene como “medio”, como “elemento”, la *actualidad*? El periodismo escrito —y habría que indagar cuánto del periodismo que se realiza a través de la radio y de la televisión no es periodismo previamente escrito— pretende que su propósito es informar sobre los “hechos” con verdad o veracidad, informar sobre lo que acontece, y comentar los sucesos a la luz de la razón o del buen sentido común, para configurar una opinión pública crítica, que sería su fin. El periodismo, aunque use formas narrativas, no pretende organizar una representación del movimiento histórico, sino informar y opinar sobre los hechos del presente.

A su vez, la crítica literaria trabaja sobre la actualidad literaria. Se supone que trae a presencia del público las obras, las da a conocer, las comenta a la luz de la razón, del buen sentido ético o político, o del buen gusto, y si se vuelca sobre las obras del pasado es para actualizarlas, para reinsertarlas en la corriente de la vida al mirarlas desde nuevas perspectivas. Implícita o explícitamente, periodismo y crítica valoran y sancionan, a la luz de la razón, del buen sentido, del buen gusto... Son actividades de poder. Del poder y de las composiciones de poder que se configuran en las diversas luchas sociales.

La crítica literaria, bajo estas consideraciones, es una forma del periodismo, así como éste es una forma de la crítica. Y si el periodismo pretende convencer y persuadir, si hace uso de los artificios retóricos, es una forma de literatura que, sin embargo, a cuenta de —o con el cuento de— su servicio a la “objetividad”, de su apego a los “hechos” y su propósito de “información”, pretende hablar en nombre de la verdad, por la verdad, y, políticamente, en nombre de un buen sentido que representaría el interés o el bien común. La crítica literaria, por su cuenta, pretende hablar en nombre del buen gusto y del buen sentido ético, a propósito de “hechos” literarios (poemas, novelas, cuentos, ensayos literarios) sobre los que, además, “informa”. Pero estos “hechos” literarios sobre los que trabaja la crítica, estos “objetos” que efectivamente están a la vista, a la mano, son textos en los que se construyen mundos ficticios, “mentiras” en que los “héroes” a menudo transgreden las leyes de la razón y del buen sentido para poner en crisis el mundo; son textos que se dirigen a la singularidad de la vida de cada lector para murmurar, en la mejor literatura, sobre y a costa de lo que se dice que es razonable, sobre y a costa del buen sentido, de los ideales políticos y éticos que dominan socialmente. Y son textos donde continuamente se ponen en crisis los criterios del buen gusto, pues la literatura, sobre todo en los tiempos modernos, es una

sucesión de rupturas e innovaciones. La literatura artística apenas si pretende “informar” sobre un mundo ficticio y, en el extremo, en ciertas formas de poesía, no pretende “informar” sobre algo que esté fuera del poema, aunque la complejidad de su comunicación dependa de la densidad de la información que contiene.

\*

No obstante, las pretensiones de actualidad del periodismo y de la crítica literaria deberían ser puestas a prueba. La “objetividad” de la prensa (y de los otros medios de información y opinión), la “información” veraz y sin interpretación sobre los “hechos”, son valoraciones que provienen del positivismo decimonónico y que se sostienen en el vacío. No necesitamos ir muy lejos para ver, prestando una mínima atención, lo que son los “hechos” sobre los que se nos “informa” y “comunica” de manera “objetiva” e “imparcial”: la guerra es el escenario que desmonta cualquier ilusión que todavía pudiese subsistir acerca de los pretendidos fundamentos del servicio del periodismo a la verdad. En la guerra, los “hechos” se constituyen desde una perspectiva de información y desinformación destinada a consolidar fuerzas entre aliados, a suprimir diferencias, a confundir al enemigo y a concitar el apoyo de los no-enemigos. En la guerra, la censura o la autocensura cancelan la diferenciación, la autonomía, y reducen la distribución de los sujetos y los valores a dos extremos polarizados en un enfrentamiento a muerte. En la guerra, la reiteración de los “hechos” noticiosos, y no solo la patraña (la proyección de documentos de archivo como sucesos del momento, por ejemplo), sobrepasa la mera información supuestamente imparcial para convertirse en argumento de acción militar. Pero la guerra sólo pone en evidencia lo que es el modo de ser del periodismo. La información construye los hechos, y no al revés, al configurar relaciones entre actores y series de actores y cosas, al objetivar ante el lector o el auditor las estructuras de visibilidad y de ocultación en las que se sitúan los llamados hechos.

En cuanto se refiere a la esencia crítica del periodismo y a la posibilidad de configurar espacios de opinión pública en los que se examinen las posiciones diversas en que están situados los grupos o los individuos, así como sus propuestas, expectativas y argumentos, bien sabemos que, en realidad, por sus dependencias de los poderes diversos y por su inscripción en los circuitos monopólicos, no cabe esperar de los medios un amplio espacio para la crítica. Esta, destinada a configurar ámbitos de opinión pública basados en la razonable discusión democrática, cede el paso a uno de los inventos más espurios de sujeción de los sujetos sociales, la encuesta anónima de opinión, encuesta siempre teledirigida desde el poder de los medios, desde los valores que difunden con insistencia,

dirigida además con los mismos mecanismos que el “marketing” utiliza para inducir al consumo. Es decir, la “realidad” que construyen los medios está llena de ficciones, de deseos inducidos, de imágenes, de mentiras impuestas por los dispositivos de poder. La “verdad” es, entre otras cosas, obra de la ficción, de la ilusión, de la mentira, de la maquinación, es decir, del juego de fuerzas y las distribuciones de poder.

Ante esta “realidad” que configuran los medios, ante esta “verdad” que oculta, silencia y ensombrece innumerables episodios de la vida social, y que muestra aquellos hechos que previamente selecciona, ante este modo de ser opaco de los medios, ¿qué queda de la pretensión crítica del periodismo? ¿Qué de su raíz filosófica ilustrada?

Por su parte, ¿no es acaso la literatura artística más fuerte la que más exige del lector un distanciamiento crítico de la “realidad” que instituyen los medios de comunicación de masas? Si esto es así, ¿cómo puede encontrar la crítica literaria su espacio en los medios? Por supuesto, hablamos aquí de *crítica* literaria, de examen libre de las obras, y no de actividades ligadas a los juegos del mercado, como el comentario o la entrevista que preceden a la salida de un libro, o incluso el pequeño escándalo, que ayudan a que el lector sepa que hay una nueva mercancía, *este* libro, *esta* novela, *esta* novedad literaria. Estas son estrategias de “marketing”, semejantes a las que se usan para promover cualquier otro producto destinado al consumo. De estas estrategias, por cierto, no podemos librarnos: los libros son mercancías que se colocan en el mercado y no queda más remedio que promocionarlos como productos mercantiles. Premios, ceremonias de lanzamiento, comentarios, entrevistas, todo ello es parte de la estrategia mercantil y poco tiene que ver en esencia con los “espíritus” que llaman al lector desde el poema, la novela, el cuento, el aforismo, el drama. La “industria cultural de masas” no hace sino silenciar y oscurecer el llamado de esos “espíritus” que ponen en cuestión los valores que instituye y difunde a través de los medios masivos, valores que aniquilan el mundo y empobrecen la vida.

La opacidad de los medios, sin embargo, no es absoluta. No puede serlo por la presencia de lo diferente en la textura de la sociedad y la cultura, y por la actividad corrosiva, de zapa, que introduce la diferencia. No puede serlo por el ímpetu de metamorfosis que es inherente a la vida. Y no puede serlo, tampoco, porque el periodismo, para convalidarse, tiene necesidad de aparentar independencia, respeto a las diferencias y apertura a la diferenciación; está obligado a invocar la libre opinión. Si los medios se mueven constantemente en dirección a un totalitarismo maniqueo, no pueden dejar de aparentar su pertenencia a un liberalismo que hace de la democracia su utopía, y para ello deben dejar resquicios para que aparezcan los restos, los retazos, los fragmentos que vienen

de la fuerza de la vida, del impulso a la metamorfosis. Y por esos resquicios vuelve la crítica, con su exigencia de puesta en cuestión de los valores, con su examen de la “actualidad”, de la “verdad”, de los “hechos” y los “derechos”. Tales resquicios son espacios que se abren al ejercicio democrático, cuyo límite es su existencia más como crítica que como experiencia de diálogo. En las sociedades contemporáneas, cada vez más enajenadas al control administrativo anónimo de las maquinarias tecno-burocráticas —de los estados, por tanto, de los ejércitos y demás instituciones, de las corporaciones en el campo “privado”, de las iglesias— y al despliegue de una forma de tecnología que subyuga la vida humana a su fin —la incesante acumulación de capital—, la oclusión de la política suprime de manera constante la posibilidad de la democracia, y, por tanto, del diálogo. Se imponen la racionalidad calculadora abstracta, el conocimiento sometido a la voracidad técnica, la técnica articulada a la ingobernable maquinaria universal característica del capitalismo avanzado y planetario.

La literatura artística, por su parte, se desplaza hacia las fronteras de los territorios constituidos por los discursos y las acciones que corresponden a la actualidad. Es una experiencia de límites, no sólo de la lejanía, sino de los intersticios de lo social. Experiencia que desquicia las jerarquías de los valores establecidos socialmente, que desquicia la distribución del tiempo al colocar “fuera de lugar” a cuerpos y “espíritus” en el placer/sufrimiento de la escritura y en el placer/sufrimiento de la lectura; experiencia que usa la técnica para, en un ejercicio singular de violencia que acontece en el lenguaje, desarticular la supeditación de los usos lingüísticos a los valores, a la “verdad”, al “hecho” y al “derecho”, a los que de una forma u otra acaba por desacreditar. Si el héroe del mito instituye la ley mediante la violencia (Walter Benjamin), el héroe de la literatura moderna, esto es, el antihéroe, evidencia la violencia de la ley sobre el individuo, la violencia de los valores reactivos, de la moral del resentimiento contra la vida (Nietzsche).

\*

La crítica literaria discurre entre la filosofía y la literatura artística. Hereda de la filosofía ilustrada, como hemos dicho, la pretensión de libre examen, y de la literatura artística, la pretensión de estilo. El positivismo moderno incorporó a la crítica un ideal: el fundamento científico del análisis, la figuración de una regularidad, la configuración de estructuras. La lingüística, y más ampliamente la semiótica, prestaron los dispositivos técnicos que habrían de orientar el análisis y la modelación de estructuras. La sociología, a su turno, ofreció los instrumentos para encajar la obra en los contextos culturales y los conflictos sociales. Con ello, la crítica “científica”, más allá de los indudables instrumentos de análisis que incorporó

a la lectura, se volvió cada vez más ajena al periodismo de masas, se encerró cada vez más en la institución académica y en su peculiar periodismo, la revista especializada, al punto de convertirse en un “género literario” para expertos, cada vez más distante del “estilo”. La crítica literaria académica ha devenido un género de piezas, casi siempre aburridas, que circula en pequeños grupos esotéricos de funcionarios académicos que se leen y comentan entre sí, como parte de la rutina y el tedio de sus carreras. A pesar de ello, y dada la organización contemporánea de la actividad intelectual, aun los “malos” críticos, los que introducen la desestabilización de los valores, los que hacen de la crítica literaria un alarde de estilo, los que vinculan la crítica al ensayo literario, tienen que encontrar algún lugar en la institución académica, aunque siempre corran el riesgo de ser echados de ella, sin duda con “buenas razones”.

Este afán de ciencia y esoterismo de la crítica académica, que la aleja a la vez de la literatura artística y del pensar filosófico, junto a la corrosión de los valores que conllevan la literatura artística y la crítica que adopta la forma de ensayo, explican las dificultades de la “crítica literaria” en el ámbito del periodismo de masas. ¿Hay espacio para la crítica literaria en el periodismo de masas? Yo creo que sí, a pesar de todas las dificultades expuestas, y sabiendo además que el espacio que conceden los medios para la crítica literaria depende de las posibilidades de apertura democrática que se den en la vida social. Como depende, por otra parte, de los grados de autonomía que socialmente hayan alcanzado las actividades artísticas y el *pensamiento*. La oclusión de la política restringe esos espacios, ya sea por obra de la masificación y la consiguiente homogenización de la vida de los individuos, ya sea por obra del ejercicio dictatorial del poder político. La crítica literaria encuentra espacios más amplios en el periodismo de masas en aquellas sociedades en las que el liberalismo ilustrado sobrevive de algún modo y mantiene la ilusión de que el libre examen ejercido por los individuos es condición para la emancipación humana, puesto que la crítica literaria cumpliría una función pedagógica —enseñar a leer—, lo cual ayudaría a los hombres a alcanzar su mayoría de edad, a hacer uso de la razón, lo que es a su turno el fundamento de la libertad (Kant). Pero es en esta función pedagógica donde radica el riesgo de toda crítica: ¿cuál es la medida que establece la “mayoría de edad”? ¿La razón, el buen sentido, el buen gusto? ¿Y quién mide, o qué es lo que certifica o legitima la medida? ¿El filósofo crítico? ¿La articulación del poder?

\*

Si se ha colocado como problema para nuestro examen la relación entre periodismo y crítica literaria *aquí y ahora*, se debe sin duda considerar las circunstancias particulares del

Ecuador. Se considera que la crítica literaria en los periódicos ayudaría a formar un público lector en un país en el que se lee muy poco, en un país de individuos poco ilustrados que, por ello, por no saber leer, por ser “menores de edad”, no sabrían ejercer adecuadamente la ciudadanía y se dejarían engañar por cualquier impostura o promesa demagógica. Se repite que en el Ecuador no hay crítica literaria, que los comentarios periodísticos y las breves entrevistas a los autores ayudan poco al examen de la actualidad literaria, pues, o desalientan a autores, editores y libreros por su mordacidad, o son insustanciales apologías de obras poco significativas. Unos y otros argumentos tienen que ver más con los procesos mercantiles que con la literatura y con el trasfondo político implicado en la cuestión de la crítica.

Por mi parte, considero que, bajo las actuales formas de la existencia social, la ampliación del mercado editorial es un proceso positivo, pues junto a los millares de ejemplares de la literatura *light*, y tal vez gracias a ellos, se mantienen en los estantes de las librerías unos cuantos ejemplares de las obras de Dante, Shakespeare y Cervantes y llegan unos pocos ejemplares de la poesía de Celán o de Vallejo. No hay lugares más inhóspitos y tenebrosos para el lector de la gran literatura que aquellos donde no se pueden encontrar unos cuantos buenos libros. La literatura artística es un ámbito de cobijo, de hospitalaria comparecencia de espectros que hacen llevadera la existencia, pues abren mundo, abren sentidos, hacen de cada existencia una continua búsqueda de lo sorprendente, un destino abierto y, aunque mortal, infinito.

La literatura artística, en la medida en que no es discurso piadoso ni mera información de los hechos, contribuye a hacer de la vida una trágica, gozosa e incesante metamorfosis. Por lo demás, siempre queda la esperanza de que algún lector o alguna lectora de *Como agua para chocolate* acabe por descubrir *Opus nigrum* o *El rodaballo*... Asimismo, para que pueda circular la poesía de Celan o de Vallejo, parece necesario que se puedan vender millares de ejemplares de novelas *light*. La literatura *light*, por su parte, en la medida en que es desechable, contribuye a sobrepasar algunos prejuicios sobre la inmortalidad vinculados a la concepción arrogante del autor y del artista y al culto libresco del libro; contribuye así a criticar de manera práctica las ilusiones de la Ilustración y el Romanticismo, que nos llegaron a través de las vanguardias de inicios del siglo XX. Por esta razón, lo que pueda hacer el periodismo para el crecimiento del público lector será siempre saludable, como lo es el crecimiento de la actividad editorial y del mercado de libros, y como lo es el mejoramiento de la capacidad adquisitiva de las personas para acceder a la compra de esas mercancías llamadas “bienes culturales”.

Pero el mercado trae consigo también una serie de efectos negativos: se tiene que realizar el destino de la mercancía, su venta y su consumo, y para vender, se tiene que recurrir a las técnicas de la publicidad y el “marketing”: no solamente al anuncio pagado, sino al comentario que de pronto hace de cualquier disparate una obra maestra, que equipara a todo joven que ha escrito unos versos con Rimbaud, y que convierte cualquier manifestación de la estrechez de la vida aldeana en otra *Madame Bovary* u otro *Pedro Páramo*. La colocación de un libro (el objeto de consumo) ante el lector (el consumidor) implica todo un aparato publicitario: comentarios en los medios, entrevistas, fotografías, lanzamientos. El autor debe mantener su cautela ante estas manifestaciones, pues corre el riesgo de hundir la obra en el olvido inmediato, por exceso de modestia o de arrogancia, si lleva al extremo su necesario aislamiento, o porque puede hincharse hasta estallar, como la rana que quería ser buey, si se deja llevar por la vanidad y el elogio fácil y desmedido. Por su parte, el lector aprenderá a leer entre líneas, a buscar el comentario menos comprometido con el proceso mercantil a fin de encontrar el libro en el que pueda hallar un placer sensible e intelectual más intenso. Y luego demandará del comentarista que asuma también su compromiso con el lector (con el consumidor), compromiso que obliga a exigir una serie de cualidades a todo libro: que esté bien escrito y editado, que no sea un disparate sin sentido, que no sea un “adefesio”.

El medio intelectual y artístico es, a menudo, aquí y en cualquier parte, una pequeña feria de vanidades y mezquindades. Esta pequeña feria, carente de gracia, de levedad y de humor, se refleja en lo que suele aparecer como “crítica literaria”: comentarios superfluos, calificativos hiperbólicos, frases de compromiso. No creo que haya que apesadumbrarse por ello, pues el chisme sobre el modo de vida de intelectuales y artistas se asemeja al chisme sobre el modo de vida de los personajes seleccionados por los medios para ilustrar la vida social (políticos, multimillonarios, artistas de la farándula, princesas, modelos, deportistas). Este aspecto de la actividad periodística debería tomarse en su exacta dimensión: como cháchara dominical de la página social.

Una cultura más tolerante y habituada al periódico que la nuestra (como fue quizá la cultura a la que accedieron los intelectuales y artistas ecuatorianos hace unos cincuenta años, y que hemos abandonado desde hace un par de décadas) suele hacer incluso un uso cómico e irónico de estas modalidades del periodismo. Las usa para aliviar la pesada seriedad de la vida del escritor y de la obra. Y utiliza el humor, la parodia, la sátira y la ironía para mostrar las costuras de las obras, sus fracturas, sus fracasos. Para combatir por una manera de escribir frente a otras y para modificar los valores instituidos. En una cultura

más habituada a la polémica, es posible tomar partido públicamente a favor o en contra de un modo de escritura, de una obra o de un conjunto de obras. Los artistas más fuertes, de “ñeque”, como diríamos aquí, no tienen nada que temer de esos juegos: o intervienen irónicamente en el juego o simplemente lo ignoran. Las obras, por su parte, tienen su propio y singular destino; será el tiempo el que se encargue de decidir si sobrevive a la muerte de su autor o si su vida será tan corta que no logre siquiera alcanzarlo en su vejez. En Ecuador nos hemos habituado a señalar el desagrado que nos provoca un libro mal escrito, o que creemos que está mal escrito, en voz baja, como chisme de modistilla o peluquero, y no de manera franca, pública y razonada. Se ha establecido así una forma de complicidad e intriga intelectual: la imposibilidad de expresar desacuerdos, la conversión de opiniones sobre obras en supuestos argumentos sobre personas, la imposibilidad de discriminar entre un poema o una novela bien escritos y unas líneas que se suceden sin sentido ni ritmo. Una forma de intriga que suprime la polémica, que instaura el miedo a la crítica, que impone el anonimato y la pseudo igualdad populista, que suprime la demanda de responsabilidad en lo que se destina a un público de lectores. Sin embargo, los periódicos deberían mantener y ampliar sus espacios de comentarios críticos y de debate —miseros espacios, en realidad— como formas incluso pedagógicas de cultura ciudadana, exigiendo argumentos y dotando a los comentaristas del espacio necesario para desarrollarlo.

Más allá de todo esto, me parece que queda en pie la pregunta decisiva sobre el lugar de la crítica literaria que es también literatura, que bordea la filosofía, que es una forma del pensar. Muy pocas veces ha encontrado lugar en los medios masivos. Su periódico es la revista literaria. Hay grandes revistas literarias, es cierto, que han salido junto a diarios de circulación masiva, pero manteniendo su independencia. En el Ecuador, al parecer, es imposible que los grandes periódicos encuentren formas de financiamiento para publicar suplementos literarios. Pero creo que hay instituciones que deben crear, mantener y fortalecer sus revistas culturales, así como la experiencia demuestra que siempre es posible juntar a un grupo de literatos que coinciden en propósitos circunscritos para impulsar revistas y proyectos editoriales. Cada revista tiene su tiempo y su deriva. Y cada revista, en ese tiempo y en esa deriva, hace su experiencia de la actualidad, experiencia que, implícita o explícitamente, contiene la crítica de lo dado.